

Don Arturo Urién, Cónsul de la República Argentina en Costa Rica

—Envío de la autora—

Durante cinco años algunas de las calles del NE de San José, fueron transitadas casi todas las mañanas por un viejo de noble porte, bien afeitado, vestido con pulcritud, gafas negras, marcha balanceada y bastón al hombro, como portan los soldados el rifle (reminiscencia quizá de su época de militar). Detenía el paso ya para quitar una cáscara de la acera—no fuera a ser cosa que alguien resbalara y cayera—ya para evitar que un muchacho pegara a uno más débil o bien para acariciar la cabellera de un niño o para ayudar a quien lo hubiere menester. Pero ya los que acostumbraban encontrar a su paso al anciano caballero, no lo verán más, pues hoy, 20 de febrero de 1931, se embarcó con rumbo a su patria, la República Argentina.

Cinco años permaneció entre nosotros don Arturo Urién como Cónsul General de su país en Costa Rica.

Pocas personas de las llamadas importantes, se dieron cuenta del paso de este hombre por aquí. Tienen tantas cosas inútiles que hacer las personas importantes! También pasó inadvertido en el mundo diplomático. Él trató de explicarme el por qué no frecuentaba tan elevados planos:

—Es que yo soy apenas un cónsul de segunda orden, y los cónsules somos para los asuntos comerciales, mientras que los diplomáticos tienen que ver en los trascendentales.—Y levantaba la diestra para dibujar en el aire una vaga espiral.

Yo me reía y le preguntaba:—¿Asuntos trascendentales llama Ud. estos de importar champagne sin pagar derecho alguno para luego venderlo obteniendo una gran ganancia, dar comidas alumbradas por candelas de cera de colores según la última moda de los snobs, enredar las líneas imaginarias de las fronteras y provocar conflictos para salir de los pobres, conseguir que un país reconozca a un gobierno después que los respectivos presidentes se han tratado mutuamente de «grande y buen amigo», etc. etc.?

Además, yo comprendí que para una alma sin encrucijadas como la suya, hubiera sido imposible andar entre seres importantes y diplomáticos. Sólo habiéndose cortado la lengua como cierto personaje de un cuento de Clarín.

En algunos círculos fué considerado como excéntrico, en otros como intransigente e intolerante. Supongo que se debió a su manía de expresar con pasión lo que pensaba. Parecía no comprender que la mejor manera de hacerse simpático a sus semejantes es tomar sonriendo como artículos de fe, sus torpezas, mentiras y demás puntos de vista; y que la tolerancia es una de las actitudes más cómodas que puede adoptar el hombre, fuera de prestarle entre la gente de *sprit*, aires de elegante sabiduría.



El Sr. Urién rodeado de niños de la Escuela Maternal.

Tuvo en Costa Rica unos dos o tres amigos, personas de verdadero valor y por lo tanto sin la menor campanilla en el nombre. Después su amistad anduvo con los humildes, las mujeres y los niños. Casi puedo asegurar que lo que le pareció más digno de atención entre las relaciones que hizo aquí, fueron las mujeres (Puede que tal suposición haga sonreír a cualquier obsesionado, pero he de declarar, que éste ha sido uno de los pocos hombres que he encontrado en mi camino que me han dado la impresión de que trataba de sacar las cuestiones sexuales del dominio de lo sucio y del pecado para elevarlas al de lo admirable y digno de respeto). Quizá fué, por haber descubierto que un buen número de mujeres de por acá, viven con sencillez y valor de su vida de mujeres, mientras que la mayor parte de los hombres son afeminados, sobre todo espiritualmente. Ganivet encontró también que lo más digno de atención en los lugares por donde pasó como simple mortal o como cónsul, fueron las mujeres. Y Ganivet no tuvo nada de don Juan, que siempre fué muy hombre (el Dr. Marañón dice que los don juanes son tipos afeminados).

El día en que don Arturo Urién llegó a la Escuela Maternal, figura como uno de los más faustos en la historia del establecimiento.

Cuando le explicamos la forma en que

trabajábamos y le contamos que nuestro mayor anhelo era mantener sanos, limpios y alegres el cuerpo y el espíritu de los niños que nos rodeaban, pidió permiso de seguir visitándonos. Y desde entonces, durante más de dos años, llegó a la Maternal cada mañana. Sólo faltaba cuando estaba muy enfermo. Enseguida lo quisieron los niños. Al verlo entrar, dejaban su juego o su trabajo, corrían a su encuentro y se le colgaban de los brazos como de las ramas de un árbol.

Lo primero que hizo, fué calzar cuanta patilla descalza había en la escuela. Le mortificaba pensar en aquellos pies desnudos, expuestos a los anquilostomas y a las numerosas infecciones posibles en los climas tropicales. Gracias, pues, a un extranjero los pies de un buen número de niños costarricenses han ido protegidos por el suelo de su patria.

Y en cuanto una carilla pálida y marchita se acercaba a sonreírle, ya estaba él pensando en la leche y el bacalao, para que la salud volviera a encender el pequeño rostro apagado.

—Hay que fortalecer a los niños física y moralmente—decía—para ver si algún día la tierra se vuelve habitable para el hombre.

Cuando nos veía desanimadas en nuestro trabajo, nos daba alientos:—Si queremos hacer algo efectivo, apoderémonos de los niños. En esto pienso como Lenin y los Jesuitas.

Tantas y tantas criaturas dejadas de la mano de Dios y de los hombres, que nunca podrán olvidar a don Arturo, aquel señor de anteojos oscuros y cabello blanco, ensortijado, sin asomos de calvicie, que todas las mañanas llegaba a la escuela: Arabela, la chiquilla que hacía pensar en una ardillita enferma; Manuelillo Madrigal con su cara de prócer pobre, Carmen, Myrella, Jorgillo... Confiados se acogían a esta fuerza que al hacerles bien no pensaba en que estaba comprando un palco de platea en la gloria de Dios, sino en que es preciso que los niños tengan salud y vivan en una atmósfera de limpieza tanto en lo que se refiere al cuerpo como en lo relativo al pensamiento, si queremos que algún día la tierra sea un planeta habitable.

Es una obsesión en él esto de volver la tierra habitable, y el principal medio, a su juicio, es la educación, pero una educación basada en la verdad, en la observación científica y no en la mentira y el empirismo.

¿Y la Colonia Escolar Permanente de San Isidro de Coronado? Por negligencia de la mayor parte de la directiva (yo formaba parte de la parte negligente), la finca adquirida en ese lugar con el fin de llevar al campo escolares débiles, había ido a parar a manos de un particular. Cuando don Arturo Urién lo supo, no volvió a estar tranquilo sino

hasta que su empeño al frente del de unas cuantas personas de buena voluntad, consiguió que la propiedad pasara de nuevo a una directiva que la acondicionara para servir como establecimiento preventivo. Hasta entonces no había sido posible llevar ni un niño a ese magnífico clima. Después de eso, cuántos escolares han ido allí a almacenar salud para su vida futura! Sin la oportunidad que don Arturo Urién ayudó a ponerles en el camino, lo más probable es que habrían llegado a ser parásitos de la comunidad en donde vivieren, individuos para hospitales, clínicas, asilos de incurables, etc.

Es sobre todo a su esfuerzo que queda funcionando una sección de kindergarten en la Escuela García Flamenco, con todo el material necesario, que hasta su piano le dejó. El día de la apertura de este

kindergarten, fué de fiesta para don Arturo. Tiene mucha fe en la educación pre-escolar. Aquí ningún Ministro de Educación ha hecho por la educación pre-escolar lo que hizo este Cónsul de la República Argentina. Cada lunes visitó el kindergarten de la Escuela García Flamenco y yo creo que nunca faltó a las reuniones de la directiva que vela por la vida de la pequeña institución.

Este viejo es un enamorado de la educación. Para él, en el momento presente el hombre más grande del mundo es Bakulé, el educador checoeslovaco.

La huella que don Arturo Urién, cónsul de segunda clase, deja en Costa Rica, no la ha dejado todavía el diplomático más empingorotado.

He aquí labor verdadera de acercamiento latinoamericano e internacional; sin discursos ni cacareos por la prensa.

Carmen Lyra

San José, Costa Rica.



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Hacia una Interpopular del Magisterio

—De Liberación. Portavoz mensual de la Internacional del Magisterio Americano. Buenos Aires—

Señor don Rodolfo Llopis. Madrid.

Desde la cama donde me retiene una pequeña indisposición corporal —fruto acaso indirecto de la vida de proscrito— le escribo a usted, mi querido amigo, estas líneas antes que salga para Montevideo a la Segunda Convención Americana de Maestros. Bien hubiera querido acompañarle en cuerpo—ya que en alma le acompaño—pero delicados motivos de conciencia me han impedido realizar mi antiguo ensueño de un viaje a la América de lengua—la lengua es la raza espiritual—española durante la vergonzosa Dictadura pretoriana—rapaz, mendaz e incapaz—que está barbarizando a España. No pudiendo ir allá con mis propios recursos, no podría ir a que me mantuvieran por callarme ciertas cosas, ni menos por decirlas. Mas ya que esto no puede ser, lleve usted un saludo mío a esa Internacional del Magisterio Americano.

Cómo levanta el ánimo ver que los pueblos crean una Internacional—¿no sería mejor decir una Interpopular?...—del Magisterio cuando los Estados anudan más la Internacional policíaca encargada de mantener lo que llaman orden los imperialismos y las dictaduras. Y hablan de disciplina... Pero disciplina en su derecho y aboriginal sentido, *disciplina*, es lo propio del discípulo, del que aprende—*discit*—y supone magisterio, o mejor, maestría, lo propio del que enseña. Y el maestro rige por autoridad y no por poder. Las dictaduras más o

menos tiránicas se valen del Poder porque carecen de autoridad. El Cristo, el Divino maestro crucificado por antipatriota—basta leer los versillos 47 al 54 del capítulo 11 del Evangelio según San Juan—hablaba, dice la Escritura, con autoridad, pero el Poder estaba en manos de Pilatos, el que preguntaba: ¿y qué es la Verdad? Autoridad y disciplina en la escuela; en el cuartel poder y servidumbre. Y si una Nación, mejor, un pueblo, no ha de ser una gran escuela, no sé qué es peor, que sea un convento o un cuartel.

La inquisición pretoriana y policíaca es peor que la eclesiástica. Peor el «fajismo»—nuestra palabra *fajo* viene de la italiana *fascio*—de las milicias de camisas negras que el clericalismo de las sotanas negras, menos negras que aquellas camisas y no más sucias. No temo ya que le quemem a uno por negar que esté la sustancia del cuerpo de Jesucristo bajo los accidentes del pan y el vino eucarísticos, pero sí que lleguen a fusilarle si niega que bajo los accidentes del tejido y del teñido de la bandera está la sustancia del cuerpo de la patria. Aquí hemos visto querer obligar a palos gritar: Viva España.

El constituir una Internacional de Maestros indica ya de por sí que los maestros se sienten más nacionales y me atrevo a decir que más que internacionales, sobre nacionales y que frente a la cínica y a la vez hipócrita pregunta pretoriana: ¿y qué es la Verdad?, que

tiende a establecer las mentiras llamadas patrióticas, alzarán el culto a la Verdad sentida. Y que cuando dictadores imperialistas, pretorianos y policíacos digan que la patria sobre todo, repliquen que sobre todo la Justicia, que es la Libertad de la Verdad. O mejor el gran lema del grande, del máximo Mazzini: *Dio e il Popolo*; Dios y el Pueblo.

Sólo me queda rogarle que pida a los maestros de esa Segunda Convención que se anden con mucho tiento con eso de la experimentación pedagógica, que el niño no es rana, ni cuíno, ni se hizo para la Pedagogía, como el enfermo no es para la Patología, y que no importa tanto cómo se ha de enseñar como *qué* es lo que se ha de enseñar, que del *qué* saldrá el *cómo*. Advértales los peligros de ese experimentalismo pedagógico norteamericano que quita toda el alma a la Enseñanza, que es ante todo arte y arte poética.

Es lo que se me ocurre mandarle para esos compañeros de América. Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Hendaya; 14, 1, 1903.

Señor don Rodolfo Llopis,

Querido amigo:

Mi enhorabuena por su decisión de ir a comulgar con nuestros hermanos de la América española. Usted sabe las causas tan complejas que me han impedido a mí hacerlo en las ocasiones en que tan honrosa como inmerecidamente, he sido invitado para ello. No ha contribuido poco mi invencible temor al espectáculo y mi clara conciencia del liviano bagage con que había de presentarme. Pero usted sabe también, que tengo la convicción heredada de aquel don Francisco, maestro de todos, de que no habrá verdadera Hispano-América mientras no se llegue a la «inteligencia amorosa» que sólo nace de la honda y gratuita comunión de espíritus.

Mensaje como usted dice, nunca. Nada de solemnidades. Pero lleve usted a aquellos compañeros, eso sí, un saludo familiar y cordialísimo.

Quiero saludarles en nombre no de lo efímero y pasajero, propenso ahora como siempre a derivar en fetichismos, sino en nombre de los valores eternos de la Educación en que ellos y nosotros comulgamos. En nombre del niño y del maestro, de la comunión de sus almas, del amor y de la libertad, de la rebeldía y de la obediencia, del trabajo y del juego, de la realidad y de la poesía. Y en nombre, sobre todo, de la escuela donde esos factores vienen a vivir y a encarnarse. De esa eterna escuela-ocio que llamaron los griegos de riguroso acuerdo con su esencia, compuesta de Música purificadora, de Contemplación como fin y Diálogo como medio; donde el hombre no va a prepararse para vivir en aquel orden pragmático que hoy tanto se ensalza, ni tampoco a aprender la vida que sólo puede aprenderse en la vida y viviendo, sino justamente a aprender lo contrario, es decir a salvarse de la vida y sus dolores.

(Pasa a la página 148).